

# Plancha quemada

César De María

[cesardemaria@gmail.com](mailto:cesardemaria@gmail.com)

Buenas tardes, señora. ¿Usted tiene bebés? ¿Cómo se llaman? No crea que quiero molestarla, pero... ¿sabe que yo vendo ropa de bebé? ¿Qué talla es el suyo? Justo para este conjuntito. *(enseña su mercadería: ahora un conjuntito de niño, luego juguetes de todo tipo)*

Qué duro está todo ahora, ¿no? No hay qué se pueda hacer para sacar adelante a los hijos. Vender, eso sí, a mí me gusta vender. Tengo intuición para saber a quién le puedo vender algo. ¿Como a usted, verdad? Pero vender no es fijo. No es un sueldo. Nada es fijo. Nada es estable. Mi chiquito se llama Javier. Como el papá. Al papá ya no lo veo, pero lo veo todos los días porque mi hijo es igualito a su papi. *(muestra unas fotos)* Este es mi hijo, su primera foto carnet. Este es mi amorcito en su primer cumpleaños. Acá está durmiendo en mi cama, compartimos mi cama que es de dos plazas, aunque él tiene su cuarto. ¿Juguetes me compraría? ¿Ya pasamos por Lince? Cuando este bus cruza la avenida Arenales, pienso en mi Javier. No el papá, ese es un amargado. Pienso en él, así dormidito. Como en esta foto. Super metódico mi Javicho. Una le dice: “si ya almorzaste, duerme la siesta”. Y él va y se duerme. “Si usas la pizarra guarda tus tizas y déjala limpia después” y eso hace. “Después de comer, lávate los dientes”. Y él se los lava. “Y si no vas al colegio te quedas en tu cuarto ordenando tus carritos porque mamá tiene que cocinar”. Y él, a su cuarto. Porque los días que le da fiebre no lo mando al nido y no salgo a vender. El se mete en su cuarto y yo aprovecho para hacerle algo rico. ¿Este trompo con luces le gusta? Si le interesa se lo doy barato. Las lucecitas son la locura de mi Javierecito. La última Navidad le compré un montón de juguetes, a mí me dan descuento, claro. ¿Por qué no desarmamos el árbol el día 26?. El 28 pasó. Siempre me acuerdo. *(mira por la ventana,*

*emocionándose*) Estamos cruzando... la avenida Arenales. Mire, ¿ve usted esa casa quemada? Usted no sabe cómo es mi intuición, tremenda intuición tengo. Subí en esta misma línea y a medio camino hacia la distribuidora mi corazón parecía un tambor loco. Ay, dije, dejé la plancha encendida. La verdad es que había dejado solito al Javiercito. Nunca lo había hecho. Salí temprano. Estaba dormido. Pero después de Navidad pagan lo que una vende antes, pues, si no iba no cobraba. Era buena plata. ¿Qué iba a pensar yo que se iba a levantar? Si la noche anterior tuvo un poquito de fiebre. Pensé que se quedaba dormido. Además, era media hora de ida y vuelta, máximo. Y él no sale de su cuarto, por dios que no salía de su cuarto. Pero lo dejé, me subí a este micro y a los cinco minutos ya me moría de angustia. Me bajé y corrí a la casa, en micro cinco minutos es nada pero corriendo son cuerdas de cuerdas. La plancha, la plancha, Javiercito, no la toques, decía yo, no salgas del cuarto, no te acerques al humo, no entres, no toques las chispas hijito, ¡no!

Antes de llegar ya todo lo veía humo y fuego y la llave ya la estaba buscando. Peor. No la tenía. Me había olvidado la llave. Y llegué a la casa y no podía entrar, y toqué y miré por la reja de la ventana y nada, pues, la casa no se estaba quemando. (*sonríe*) Pura alucinación. Angustia de madre, miedo, como cuando tu hijo está durmiendo y te acercas para ver si respira, ¿no lo has hecho nunca? Llamé por la ventana. “Javier!”. Y vino mi amor, mi bebé. Y del fondo salió una luz. Era la cocina. No sé si él la prendió o si yo la dejé encendida. No fue la plancha ni fue el árbol de navidad. Salió luz de la cocina, y yo agarré fuerte a mi Javier -que ya estaba junto a mí- porque sentí que iba a pasar, y pasó. Reventó. Y yo de un lado de la reja y él del otro lado, los dos abrazados, él temblando. Y de repente se me escapa y se mete corriendo. “Voy

a ordenar mis carritos”, me dice feliz. Su trompo de luces y sus carritos eran su adoración. Este trompo, los carritos. Yo... no sabe usted cómo me puse. Quise sacar la reja con las manos para meterme, como loca pateaba la puerta, la ventana... hasta que el fuego se acercó tanto que... Me sacaron. Han pasado siete años. Ya estaría grandazo. En esta foto sale con este conjuntito. *(Pausa)*. Me quedé sin intuición. Ya nadie me compra nada. Sin casa, sin intuición, sin Javiercito. Se salvaron algunas cositas pero nadie me las acepta. Las fotos no se quemaron, Un milagro, ¿no? Ya faltas dos cuadras para bajarme justo donde me lancé ese día. Todos los días me bajo, corro hasta la casa quemada y luego... Luego nada, me voy caminando por ahí a vender mis cositas. Juguetes y ropa de bebé se venden bastante. *(empaca sus fotos y su mercancía)* Hay tantos niños, tantas mamás... tantas fotos. Qué horrible es la memoria, ¿no? A veces provoca borrarla con una mota, como la tiza en la pizarra. ¿A usted la planchan la ropa? Yo odio planchar. No sabe cómo odio ahora planchar y cocinar. Bajan en la esquina. *(lanza un grito estremecedor)* ¡¡Bajan!!